

Capítulo 22: La Preparación del Pueblo de Dios.-

Las implicaciones del juicio final son tan asombrosas, que nadie puede ignorarlas sin consecuencias. Así como el antiguo Israel se preparaba para el Día de la Expiación, así también hay una solemne preparación antes del juicio final del pueblo de Dios.

El rey Salomón consiguió renombre de sabiduría y de riqueza. Su tontera de desertar del Señor y de seguir prácticas paganas, juntamente con su posesión de mil esposas y concubinas, le trajo una distinción de otro orden. Pero uno de sus pequeños dones reconocidos ha sido el don de profecía. Salomón, al igual que su padre, el rey de David, fue usado por Dios para elucidar su futuro. Su profecía más difícil fue en la forma de una pregunta.

“¿Quién es ésta que se muestra como el alba, hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejércitos en orden?”. **Cantares 6:10.**

Salomón había usado un simbolismo similar concerniente a la pureza de la última iglesia de Dios, un poco antes en su Canto.

“¡Hermosa eres tú, oh amiga mía, como Tirsá! Deseable como Jerusalén, imponente como ejércitos en orden”. **Cantares 6:4.**

La imagen de la descripción de Salomón – justa como la luna, clara como el sol, terrible como un ejército con banderas – describe correctamente al tipo de la iglesia de Dios que va a tener en esta tierra. Solamente un grupo así de personas van a ser empoderados para llevar el último mensaje de Dios a los seres humanos. Ellos van a ser una luz para todo el mundo. El pueblo de Dios va a formar un poderoso ejército de fe, el cual no va a titubear ante ningún hombre, mujer ni niño en este planeta, hasta que escuchen las importantes noticias de que Jesús los ama.

La descripción de Dios de Su iglesia en el Nuevo Testamento, por parte de Pablo, es triunfante.

“para presentarla para sí, una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante; antes, que sea santa e inmaculada”. **Efe. 5:27.**

He aquí la norma que Dios tiene para Su pueblo. Él está esperando su total sumisión para que esa iglesia pueda estar lista. Debemos recordar que, sobre el Día de la Expiación, Dios hizo una exigencia particular.

“Porque en este día se hará expiación por vosotros, para purificaros. Y quedaréis limpios de todos vuestros pecados ante el Eterno”. **Lev. 16:30.**

Ciertamente, en el día antitípico de la expiación, Dios no pidió algo menos de Su pueblo. Cada uno tenía que afligir su alma y confesar cada pecado.

“Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos. Y vosotros, los de doble ánimo, purificad vuestro corazón”. **Santiago 4:8.**

Jesús, el Sumo Sacerdote, está en el Lugar Santísimo delante del trono de Dios, listo para purificar-nos de todo pecado. Pedro presenta la disponibilidad de su poder. Va a transformar de tal manera nuestras mentes, que la victoria continua va a ser experimentada por el pueblo de Dios⁶⁸.

Pero Dios describió a Job como un hombre perfecto.

“Pero, ¿soy íntegro? Yo mismo lo ignoro, y desprecio mi vida”. **Job 9:21.**

“El Eterno dijo a Satanás: ‘¿Has visto a mi siervo Job? ¡No hay otro como él en la tierra! ¡Hombre intachable y recto, temeroso de Dios y apartado del mal!’”. **Job 1:8.**

“Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento, que quien padeció en la carne, ha roto con el pecado, para que el resto de su vida terrenal, no viva según los malos deseos de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios”. **1 Pedro 4:1-2.**

El revelador profetizó concerniente a las características de los que van a ser trasladados en el tiempo del fin. Ellos van a ser los que van a tener sus vidas tan semejantes a la de Su Maestro, que Dios va a poder decir de ellos:

“Y en sus bocas no se halló engaño, porque son sin mancha”. **Apoc. 14:5.**

Una norma así parece estar más allá de cualquier cosa que los meros mortales puedan imaginar. Y verdaderamente, si nos miramos a nosotros mismos o a otros seres humanos, vamos a quedar abrumados de desánimo; y tal vez vamos a ceder a la mentira de Satanás de que esa norma de obediencia es imposible, aun cuando el creyente esté empoderado con el Espíritu Santo. Solo aquellos que miran a Jesucristo y aceptan Sus promesas con humilde fe, van a “proseguir a la meta, al premio al que Dios me ha llamado desde el cielo en Cristo Jesús”. **Fil. 3:14.**

Las poderosas promesas de la Palabra de Dios nos aseguran que Dios va a tener un pueblo que va a permanecer delante del trono. Ellos van a estar tan llenos con el Espíritu Santo que van a estar sin mancha o arruga. Jeremías vio el día cuando eso iba a suceder.

“En aquellos días y en aquel tiempo —dice el Eterno— la maldad de Israel será buscada, y no aparecerá; y los pecados de Judá, y no se hallarán; porque perdonaré a los que yo haya dejado”. **Jer. 50:20.**

El solemne hecho es que en cada carta a las siete iglesias, a través de las edades, fue proclamado el mismo mensaje, solo los vencedores van a compartir la eternidad con su Salvador.

Éfeso.-

“Al que venza, le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios”. **Apoc. 2:7.**

Esmirna.-

“El que venza, no recibirá daño de la segunda muerte”. **Apoc. 2:11.**

Pérgamo.-

⁶⁸ Jamás debemos pensar que esas personas estarán concientes de sus vidas de total victoria. Ellos habrán negado el yo de tal manera que no verán ningún bien en sí mismos.

“Al que venza, le daré del maná escondido. Le daré una piedrecita blanca, y en ella escrito un nombre nuevo, que ninguno conoce sino el que lo recibe”. **Apoc. 2:17.**

Tiatira.-

“Al que venza y guarde mis obras hasta el fin, le daré autoridad sobre las naciones”. **Apoc. 2:26.**

Sardis.-

“El que venza, será vestido de ropa blanca. No borraré su nombre del Libro de la Vida, y confesaré su nombre ante mi padre y ante sus ángeles”. **Apoc. 3:5.**

Filadelfia.-

“Al que venza, lo haré columna en el Santuario de mi Dios, y nunca más saldrá fuera. Escribiré sobre él el Nombre de mi Dios- el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, que descende del cielo enviada por mi Dios- y mi nuevo nombre”. **Apoc. 3:12.**

Laodicea.-

“Al que venza, le daré que se siente conmigo en mi trono; así como he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono”. **Apoc. 3:21.**

Es importante que al presentarle el mensaje a la última iglesia de la historia, Cristo le reveló a Juan la norma final de la victoria. Él no solo lo requiere, sino que le da poder. La norma de victoria de Dios está ejemplificada en la vida de Cristo. Ahí somos exhortados a vencer “así como Yo vencí”. Esta norma debiera hacer con que todo cristiano temiente de Dios caiga a los pies del Maestro suplicándole para ser llenos del Espíritu Santo, el cual por la fe, les da a los seres humanos una victoria completa. Los creyentes de Corinto fueron exhortados a alcanzar el ideal de Dios para Su pueblo.

“Así, amados, ya que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda impureza de la carne y del espíritu, perfeccionando la santificación en la reverencia a Dios”. **2 Cor. 7:1.**

Una norma final así de victoria es colocada en otras escrituras de autoría del discípulo amado.

“El que dice que está en él, debe andar como él anduvo”. **1 Juan 2:6.**

“Todo el que tiene esta esperanza en él, se purifica así como él es puro”. **1 Juan 3:3.**

“Hijos míos, que nadie os engañe. El que practica la justicia es justo, como Cristo es justo”. **1 Juan 3:7.**

Jesús también nos mostró la misma norma. Hablándoles a los que estaban reunidos a Sub alrededor en la montaña, Él los amonestó.

“Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”. **Mat. 5:48.**

Además, en la era del Antiguo Testamento, Dios le hizo un requerimiento no menor a Su pueblo.

“Yo Soy el Eterno vuestro Dios. Por eso os santificaréis y seréis santos, porque Yo Soy santo”. **Lev. 11:44.**

Dios les reitera Su principio a aquellos cristianos que componen Su iglesia remanente; en verdad, Él predice que ellos serán obedientes a Su ley.

“Entonces el dragón se airó contra la mujer, y fue a combatir al resto de sus hijos, los que guardan los Mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús”. **Apoc. 12:17.**

Que nadie dude sobre la victoria total sobre el pecado, de aquellos que van a componer la iglesia remanente de Dios, porque se nos ha prometido que lo van a conseguir.

“El remanente de Israel no cometerá injusticia, ni dirá mentira, ni en su boca se hallará lengua engañosa”. **Sof. 3:13.**

No es sorprendente que Pedro, hablando de la preparación del pueblo de Dios para los últimos días, haya colocado la siguiente pregunta muy seria:

“Siendo que todo será destruido, ¿qué clase de personas debéis ser en santa y piadosa conducta, esperando y acelerando la venida del día de Dios? En ese día los cielos serán encendidos y deshechos, y los elementos se fundirán abrasados por el fuego”. **2 Pedro 3:11-12.**

El profeta Isaías, mirando hacia los últimos días de la historia de este mundo, reveló el nivel de piedad que Dios le va a empoderar a Su pueblo para que posea.

“Así dice el Eterno: ‘Guardad el derecho, y practicad la justicia; porque mi salvación está a punto de llegar, y mi justicia a punto de manifestarse. Dichoso el hombre que hace esto, el hombre que se aferra a ello, que guarda el sábado sin profanarlo, y se guarda de hacer todo mal’”. **Isa. 56:1-2.**

Esta exhortación es consistente con la promesa de Pedro para el pueblo de Dios en el día de Pentecostés.

“Habiendo Dios resucitado a su Hijo, lo envió primero a vosotros, para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad”. **Hechos 3:26.**

No puede haber ni la menor duda en cuanto a los requerimientos de Dios para Su pueblo. Muchos cristianos no poseen un concepto adecuado de esta norma. Ellos miran sus propias faltas y las fallas de los demás; como resultado, algunos razonan que Dios va a salvar a las personas en sus pecados, en vez de hacerlo de sus pecados. Un punto de vista así, contradice la clara enseñanza de las Escrituras. Otros claman tal como lo hizo Pablo en su condición perdida.

“¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”. **Rom. 7:24.**

La inmediata respuesta de Pablo fue tan sucinta como confortadora.

“¡Gracias doy a Dios, por nuestro Señor Jesucristo!”. **Rom. 7:25.**

La pregunta en los labios de cada verdadero creyente es: ¿Cómo puede un pobre pecador mortal, con una naturaleza caída, llegar alguna vez a alcanzar la norma tan claramente colocada delante de nosotros, cuando estudiamos el gran tema del santuario?

La Biblia está repleta con la respuesta a esta pregunta. Pero el secreto completo se encuentra en un corto pasaje del gran Salmo que explora la norma de Dios de la obediencia. En verdad, a menos que entreguemos todo, no estamos entregando nada. David expresó esta cualidad esencial de la siguiente manera:

“Con todo mi corazón te he buscado, no dejes que me desvíe de tus Mandamientos”. **Salmo 119:10.**

La triste realidad es que es raro el cristiano que le da todo su corazón a su Salvador. Muchos cristianos actuales se han convertido en grandes razonadores de su cultura centralizada en el yo y en sus propios intereses, de tal manera que no pueden distinguir sus caminos de justicia propia de los caminos de Dios. Esta falla para discriminar la justicia es la verdadera razón por la cual ellos no miran a Jesús y le entregan todo a Él. Debido a que no abandonan completamente las cosas de este mundo, ellos presentan excusas teológicas para continuar cayendo y no alcanzar la norma de Dios, prometida a todo aquel que Le permita a Él que le quite todo egoísmo de sus vidas.

El segundo requerimiento es que busquemos diligentemente colocar los preceptos de Dios en nuestros corazones y afectos. La bien conocida expresión de David sobre este asunto, debiera tener un significado particular para el pueblo de Dios en esta hora de juicio.

“En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti”. **Salmo 119:11.**

Además, el verdadero creyente va a buscar las Escrituras y va a orar sinceramente para aprender más de la voluntad de Dios hacia él. Él va a tratar siempre de copiar Su carácter y ejemplo, siempre estando a los pies del Maestro, para aprender más y más de Su voluntad.

“¡Alabado seas, oh Eterno! Enséñame tus preceptos”. **Salmo 119:12.**

Finalmente, el cristiano nacido de nuevo, va a compartir sus convicciones con otros, tratando de dirigirlos por el camino de la justicia. La mayor alegría del cristiano será la de testimoniar el incomparable amor y poder de Dios.

“Con mis labios he declarado todos los juicios de tu boca”. **Salmo 119:13.**

A una joven estudiante Budista de enfermería del Hospital Adventista de Bangkok, un profesor le preguntó: “¿Qué piensa usted de Jesús?” Su respuesta demostró una profundidad de entendimiento mucho más profunda que la de muchos cristianos. “Jesús es la persona que se sacrificó de tal manera, que el hombre pudiera tener la vida eterna”, escribió ella. “Él le enseña al hombre a entender los mandamientos que él debiera seguir. Él le da al hombre un firme fundamento del cual puede depender, de tal manera que paremos de pecar”.

Tal vez este simple vislumbre de la preparación de un pueblo que esté listo para encontrarse con su Señor, tenga una profundidad que ninguna cantidad de investigación escolar puede revelar.